espíritu; y ¿cómo obras tú que no eres otra cosa que una miserable criatura? 2. Jesucristo con la mayor fidelidad arreglaba su vida segun las luces de tan divina sabiduría. Y tú ¿de qué luces te sirves? tú que fuiste llamado para el Clerical; ¿obras segun las luces de la divina gracia? tú que eres poseedor de la divina vocacion para el sacerdocio, ¿imitas al menos al Señor en todas tus operaciones? ¡Ah! dale gracias á Dios, dáselas con fervor, y obra en adelante con tan verdadera prudencia, segun el espíritu, que estés completamente lejos de la prudencia de la carne y del mundo.

II. Considera el admirable modo de obrar que observa, el que en un todo se dirige segun las reglas de la prudencia cristiana. 1. Busca en un todo el reino de Dios y su justicia, conforme la sentencia del Salvador: *Quærite primum Regnum Dei et justitiam ejus.* 2. Vive conforme el conocimiento de que, cuanto hay en este mundo todo es vanidad: *Omnia vanitas, præter amare Deum et illi soli servire.* 3. Vive segun la verdad que nos enseña: *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* 4. A todas sus obras las reviste de la fe, pudiéndose decir de él, como de los mas grandes santos: *Fides cooperatur operibus illius.* 5. Finalmente, el varon prudente sabe sufrir y amar ls cruz. *Proposito sibi gaudio sustinuit crucem.* Y ¿es así como tú obras? Examínalo, porque si así fuere, serás en la práctica del todo prudente.

III. Considera los medios para adquirir prácticamente la prudencia cristiana. 1. La conformidad con la voluntad de Dios, porque nada es mas prudente que hacer lo que Dios quiere. ¡Ojalá que de hoy en adelante supiéramos siempre decir: *Non mea voluntas, sed tua fiat!* 2. El hacer tu oracion mental conforme las necesidades de cada dia, sabiendo aumentar tan santo ejercicio en los casos de necesidad. Por esto nos dice Jesucristo nuestro Señor: *Vigilate et orate.* Sí, vigilemos para no perder las ocasiones que se nos ofrecieren de practicar la virtud. Vigilemos para hacer bien y con perfeccion no solo las obras grandes, sino tambien las pequeñas; vigilemos en vista de lo que hace el diablo para perdernos, y vigilemos de modo que digamos con nuestros obras: *O sapientia quæ ex ore Altissimi prodiisti, veni ad docendum nos viam prudentiæ.* Obra de este modo y serás prudente en tus pensamientos, en tus palabras, en tus operaciones y aun en todos tus deseos é intenciones.

FEBRERO 23.

Sobre la sabiduria del mundo y prudencia carnal.

I. Considera los grandes motivos que tienes para huir prácticamente de la sabiduría del mundo y de la prudencia de los prudentes segun el mundo. 1. Ambas á dos son condenadas por el mismo Jesucristo, cuando reprobando todas las cosas del mundo, dijo: *Non pro mundo rogo.* 2. Porque san Pablo combatió los discursos del mundo y manifestó hácia ellos la mayor aversion, cuando dijo: *Perdam sapientiam sapientium.* 3. Porque el mismo Dios condenó la prudencia del mundo sin dar esperanza de aprobacion, sino antes condenándola del modo mas expreso, diciendo por su apóstol: *Prudentiam prudentium, reprobabo.* Recibamos, sí, recibamos con un santo reconocimiento tan saludable instruccion. Pero ¿somos del mundo? hemos adoptado en la práctica alguna máxima del mundo? cuál es nuestra prudencia? tenemos la prudencia de Jesucristo cuando decia: *Estote prudentes sicut serpentes?* tenemos mas bien la prudencia del mundo? Examínate, y pide á la prudentísima Vírgen María y al señor san José que te concedan el don de la prudencia cristiana.

II. Considera cuáles son las principales máximas del mundo, y trabaja para evitarlas. 1. No buscar los honores, es no tener corazon ni espíritu. 2. No amar los placeres, es ser insensible. 3. Solo un loco, es capaz de amar la pobreza. 4. Es necesario darse buena vida. ¡Ah! vivir así es vivir mal, es vivir con simulacion, es ser hipócrita tarde ó temprano; es, en suma, poner en práctica el *labet ut appareat, tacet ut audiatur, fugit ut apprehendat.* ¡Ah! cuánto hay de esto en el mundo! Y ¿eres tú de este número? propones una cosa é intentas otra? muestras paciencia en las injurias para ser de ello alabado? conservas la venganza en tu corazon? en vez de caridad para con el prójimo le profesas un amor no bueno? el amor que le tienes es quizás peligro-

so? de qué medios te sirves para obrar? usas de medios divinos para llevar á efecto cosas divinas? Examínate y llora todas tus faltas; porque la prudencia del mundo es mala y siempre será condenada por Jesucristo.

III. Considera los medios para que nunca obres segun los mundanos deseos del hombre carnal. 1. La práctica de la sencillez. ¡Oh cuánto nos conviene la sencillez! oh cuán feliz el que es sencillo! oh cuán afortunado el que posee la sencillez de corazon! Sí, de él ha dicho el Espíritu Santo: *Cum simplicibus sermosinatio ejus*. 2. Convencerse bien que todos los males siguen al infeliz que dirige sus operaciones por las luces de la sabiduría humana, porque no es otra cosa que una sabiduría animal, culpable y aun diabólica; pero tan infernal y diabólica, que no se sujeta á la ley de Dios: *Legi Dei non est subjecta, nec enim potest*. ¡Ah! huyamos de tan fatal conducta; huyamos de ella de corazon; renunciemos á todas sus máximas, á sus virtudes de exterioridad y á toda su conducta. ¡Dios mio! fortificadme en tan santo sentimiento y no permitais que me separe de vos por algun acto de sabiduría del mundo y de vanidad, sino que mis pensamientos, palabras y obras, siempre sean conformes con la soberana conducta de Jesus, María y José.

FEBRERO 25.

La mortificacion del amor propio.

I. Considera los motivos que tenemos para darnos á Dios mediante la mortificacion del amor propio. 1. El amor propio no mortificado es el amor desordenado de nosotros mismos, y es incurrir en la sentencia terrible del Salvador: *Qui non odit animam suam, non potest meus esse discipulus*. 2. Vivir uno en sus pensamientos, palabras y obras, mortificando su amor propio, es vivir conforme á Jesucristo, quien nos asegura que nunca obraba sino para agradar á su Padre celestial: *Ego quæ placita sunt Patri meo facio semper*. 3. Para que comprendamos cuánto entraña tan admirable sentencia, los doctores de la Iglesia, nos la han explicado demostrándonos que Jesucristo

nunca obró para darse gusto, ó por propia satisfaccion: *Christus non sibi placuit*. ¡Cuán admirable es Jesus en tan divinas operaciones! oh si nosotros tambien lo admiráramos! oh si lo hiciéramos digno objeto de nuestro amor! Examina tú que estás en el Clerical ¿cómo obras? cómo hablas? cómo piensas? cómo deseas? y examina si tus operaciones son hijas del amor propio ó del amor de Dios. Examínalo.

II. Considera las operaciones de los que no mortifican su amor propio. 1. Se ocupan sin cesar de sí mismos, no hablan sino de sí mismos, y no obran mas que por sí mismos. ¿Podria darse mayor desgracia que un clérigo entregado á tan necias ocupaciones por no mortificar su amor propio? 2. El está todo lleno de buena opinion de sí mismo, se gloría de poseer mil buenas cualidades, piensa en sí mismo con complacencia y cree que es capaz de llevar tras sí á todo el mundo. Y ¿será posible que haya un clérigo semejante? ¡Ah! mas bien que clérigo deberia llamarse tonto, loco; pero con una locura tal, que mereceria ser contado en el número de los necios. 3. El se estima mas que á los otros, se levanta á mayores, no cesa de publicar su propio mérito, en todo se mezcla, todo quiere arreglarlo, descuida lo que le pertenece, y por su orgullo todo lo echa á perder. ¡Qué desgracia! qué infelicidad! Sí, todos los males caerán contra semejantes soberbios, porque su fatal orgullo los tiene ciegos en su modo de ver las cosas, ese mismo orgullo les labra su confusion en esta vida y la eterna desdicha en la otra.

III. Considera los medios para adquirir la práctica de la mortificacion del amor propio. 1. Meditar atentamente la sentencia del Salvador: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam*. Mortifiquemos, pues, nuestro amor propio, ya que este modo de obrar, de tal suerte procura nuestra salvacion, que nos asegura la entrada al reino de los cielos. 2. Seguir practicando la sentencia admirable de san Bernardo, en fuerza de la que tanto uno agrada á Dios, en cuanto se desagrada á sí mismo: *Totus displiceas tibi, ut totus possis Deo placere*. ¡Qué sentencia tan admirable! cuán digna de recordarla todos los dias! cuán dignísima de formarla el dulce objeto de nuestras mas fervientes meditaciones! ¡Ah! mortifiquemos nuestro

amor propio con todo nuestro corazon, ya que segun san Bernardo es verdad innegable la sentencia qne dice: *Deo nemo placet, nisi qui sibimetipsi displicet.* Examina tu conducta sobre el amor propio, y toma la resolucion de hacer algo todos los dias para vencerlo y aniquilarlo.

FEBRERO 26.

Del odio al pecado mortal.

I. Considera los motivos que tienes para odiar al pecado. 1. El pecado es una ofensa á Dios. ¡Oh pecado! oh infame pecado! Sí, el pecado en cuanto está de su parte es una accion que intenta todo lo contrario á lo dispuesto por Dios. Y ¿amaste tú al pecado? amaste al pecado mortal hasta cometerlo? y estando en el Clerical lo cometiste todavía? 2. Hemos de odiar el pecado, porque no odiarlo en vida es desesperar por él despues de la muerte, conforme el dicho de san Gregorio, quien nos atestigua de aquel que muriendo desesperado, exclamó: *Inducias usque mane, inducias usque mane.* Y á tí que vives en el Clerical ¿no te sucederá lo mismo, si durante la vida no odias al pecado mortal? 3. Debemos odiarlo, porque el Supremo Juez en su justicia, no solo odia á la impiedad, sí que tambien al impío que muere en la impenitencia final: *Odio sunt Deo, impius et impietas ejus.* ¿No odiaremos al pecado? no lo odiaremos siendo él lo mas odiado por Dios? no lo detestaremos con horror? no lo condenaremos en todo tiempo? no lo combatiremos en todo lugar? no lo castigaremos en toda clase de personas? ¡Oh pecado! oh maldito pecado! te odio y de corazon te abomino, y sobre todos los pecados odio y abomino el pecado deshonesto. Con la práctica de esta resolucion te salvarás.

II. Considera si tienes por el pecado todo el odio que de él debe tener un verdadero penitente. 1. ¿Lo consideras como el cruel enemigo de Dios y como el verdugo de Jesucristo? le tienes un horror sobre todo horror y lo detestas como la cosa mas execrable del mundo? odias al pecado como él se merece, como que es la causa de todas nuestras miserias en el tiempo, y de la eternidad desgraciada en el otro mundo? ¡Oh pecado! oh maldito pecado! quién fuera tan feliz que te odiara

con todas sus fuerzas! 2. ¿Cómo te portas con el pecado? con el pecado mortal ¿cómo te portas? huyes de él como del mayor de todos los males? le huyes siendo tu tan grande enemigo que puede hacerte infeliz por toda una eternidad? estás resuelto á perderlo todo antes que abrazarte con un solo pecado mortal? ¡Ah! teme el pecado y témelo cuanto él es temible, porque solo estando libre del pecado te salvarás.

III. Considera los medios para concebir un verdadero odio contra el pecado. 1. Crucificar nuestra carne con sus concupiscencias, ya que casi es una misma cosa concebir la concupiscencia al pecado y darlo á luz. *Concupiscentia cum conceperit parit peccatum.* 2. No solo combatir al pecado, sino todo aquello que en algun modo puede conducirnos al pecado mismo hasta en sus mismas imágenes, segun la reflexion de san Dionisio Areopagita: *Usque ad extremas imagenes.* 3. Acostumbrarse á tratar al pecado como el santo Profeta rey, cuando sumamente escarmentado despues de su caida, estaba tan lleno de amor de Dios y tan horrorizado contra el pecado, que decia con toda verdad: *Iniquitatem odio habui et abominatus sum.* 4. Finalmente, llenar el corazon de mucho agradecimiento para con Dios, y obrar prácticamente segun él, exclamando en tiempo de la tentacion ó de algun grave peligro: *Quomodo possum peccare in Deum meum?* Si, ama á Dios y ámalo con todo el corazon y con todas tus fuerzas, y ámalo con un amor tan real, tan positivo, tan verdadero que nunca jamas vuelvas á cometer el pecado mortal. Con la práctica de tan importante resolucion te harás un santo, porque santo es el que está sin pecado.

FEBRERO 27.

Sobre el pecado venial.

I. Considera los motivos que deben obligarte á no cometer nunca algun pecado venial. 1. El pecado venial, por venial que se le suponga, siempre es pecado, y siempre podemos, por tanto, exclamar: *Quomodo possum peccare in Deum meum?* Esto decia José de Egipto, y por esto no pecaba. Y tú ¿que deberás decir? tú que has sido llamado para la vocacion sacerdotal, qué es lo que podrás decir? tú que vives

en el Clerical que es verdaderamente un lugar de santos, qué dirás? tú que has sido escogido entre millares y asistido con tantos y tantos beneficios, tendrás atrevimiento de pecar? ¡Ah! llora tus pecados veniales, y llóralos de corazon. 2. El pecado venial jamas manchó á la santísima Vírgen María, y ni siquiera se encontró jamas en su dignísimo esposo el señor san José. ¡Ah! ellos siempre fueron todos puros é inmaculados; nunca hubo en ellos la menor mancha, y habrian sufrido mil veces todos los tormentos y aun la misma muerte, antes que pecar venialmente. ¡Ah! honremos y glorifiquemos la pureza sin mancha de ambos esposos; alegrémonos y regocijémonos de un estado tan feliz, y demos mil y mil gracias á Dios que así los ha preservado de toda mancha. Sí, de cada una de sus almas dice el Espíritu Santo: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Y ¿qué podrá decir de tí ese espíritu de amor y de santidad? Conclúyalo tú mismo.

II. Considera si te portas covenientemente con el pecado venial. 1. ¿Lo aborreces? lo miras con indiferencia? te familiarizas con él y llegas á amarlo tanto que ya lo cometas? 2. ¿Pones grande cuidado en evitar ciertas mentiras, murmuracioncillas, impaciencias y demas cosas semejantes? has pensado que viviendo en el Clerical, ciertas cositas que ante los hombres son cosas de poco momento, para un clérigo ante Dios pueden ser verdaderos pecados mortales? Exactísima idea que explica Pedro Blesense, diciendo: *Quod veniale est plebi, criminale est sacerdoti.* 3. ¿Has comprendido que las distracciones en la oracion, las inmodestias en la iglesia, las negligencias en las ceremonias y en el culto son verdaderas faltas que contristan al Espíritu Santo y conducen al pecado mortal? ¡Ah! Examínate, llora todos tus deslices y enmiéndate bien de todos ellos.

III. Considera los medios para verte libre del pecado venial. 1. Temer al pecado venial por pequeño que sea, porque de tal suerte conduce al pecado mortal, que no hay una falta menospreciada que no pueda producirnos la eterna ruina: *Qui in modico iniquus est, in majori iniquus erit.* 2. Procurar introducir en tu corazon una llama mas encendida del divino amor, acordándote que aun la menor imperfeccion voluntaria siempre contrista al Espíritu Santo, conforme al

documento de san Pablo, que dice: *Nolite contristare Spiritum Sanctum.* Y tú ¿lo has contristado? lo contristaste estando en el Clerical? lo contristaste en tus estudios de gramática y filosofía? lo hiciste en esta semana? ayer mismo lo hiciste? 3. Poner en práctica, segun todo el rigor de la palabra, aquel admirable documento de las almas que tratan de perfeccion y que consiste en no hacer nunca una falta voluntaria: *Nobis hoc una virtutis lex est: ne levissimis quidem vitiis atque omnibus neglectis succumbere.* Practiquemos tan santo documento, y ciertamente nos haremos en gran manera perfectos; porque tal ha sido siempre el verdadero camino que han seguido los hijos de Dios.

FEBRERO 28.

Del odio contra sí mismo.

I. Considera sobre algunas verdades provenientes del odio: 1. El odio es en sí mismo un pecado, cuando se dirige contra una criatura, y este mismo odio es el pecado diabólico cuando se refiere á Dios, aunque el odio contra sí mismo sea siempre una verdadera virtud. Y tú ¿la posees? te odias verdaderamente? 2. Considera que las tres Divinas Personas nos han enseñado á odiarnos á nosotros mismos, porque han considerado á nuestra carne como la causa de todo mal, por esto el Eterno Padre la odia tanto que la condena á muerte por haber comido la fruta del árbol vedado. ¿Puede darse mayor odio contra la carne? por esto el Unigénito del Padre la aflige, la castiga, la hace sufrir todo el rigor de la penitencia, la hace sudar sangre, y clavada en el madero de la cruz la hace morir. ¿Puede darse mayor odio contra la carne? Y tú que estás en el Clerical con el objeto de imitar á Jesucristo, ¿lo imitas en este punto tan importante? Por esto, en fin, el Espíritu Santo, que habita en nosotros, le hace una guerra continua. Si así aborrece Dios á nuestra carne, si así Dios la castiga y la mortifica; y si así la hace morir aun siendo inocente ¿qué deberemos hacer nosotros con nuestra carne culpable? Examínalo, y conoce desde hoy cuán justo es el odio contra tí mismo.

II. Considera si te odias á tí mismo y á tu carne, como deben ha-

cerlo los verdaderos penitentes. 1. ¿Has tomado el partido de Dios contra tí mismo en desagravio de las muchas ofensas que le hiciste, así como por la muerte que con el pecado diste á su Unigénito? 2. Considerando lo que eres en realidad, y que lo maligno de tus vicios y concupiscencias te arrastran de continuo á ofender á Dios, ¿te has tratado con todo el rigor que merece un esclavo que así se rebela contra su soberano Señor? 3. En consecuencia de lo dicho ¿estás contento cuando algo te falta, así como al verte mal nutrido, mal vestido y peor acondicionado? 4. ¿Te alegras siendo despreciado por tu poco talento, porque las cosas te salen mal y porque mucho es lo que echas á perder? ¡Ah! Piensa lo que es el pecado y que tú lo has cometido, y ayudado de la divina gracia comienza á odiarte como Dios manda, en cumplimiento de esta sentencia: *Qui amat animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.*

III. Considera los medios para tenerte un santo odio. 1. Persuadirte bien que es precepto del Señor que se odien santamente á sí mismos todos aquellos que quieren alcanzar la bienaventuranza eterna, que el mismo Maestro de la verdad nos enseñó esta gran doctrina, con la siguiente sentencia: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* 2. Obrar como san Pablo, que vivia tan persuadido de que su carne siempre habia de estar sujeta á Dios; y como no obstante sus diligencias se rebelaba contra él, por esto de tal suerte la odiaba, que queria verla perecer, y á este fin exclamaba: *Quis me liberabit, de corpore mortis hujus.* ¿Son estos tus sentimientos? como san Pablo te aborreces? y te aborreces de modo que ya quieras morir? 3. El medio de los medios es castigarnos de hecho y reducir á la esclavitud nuestra carne de pecado. ¿Lo haces ya de este modo? Feliz, y mil veces mas feliz si como el apóstol ya puedes afirmar: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo.*

FEBRERO 29.

Sobre la mortificacion de la imaginacion.

I. Considera que la mortificacion debe extenderse á los sentidos del cuerpo, á las potencias del alma y aun á la misma imaginacion. ¡Cuántos males por no mortificarla! 1. La conducta de nuestro Señor Jesucristo debe ser el primer motivo. En efecto; él jamas se ocupó de representaciones vanas y superfluas; él siempre llenaba á su imaginacion de lo mas santo y de lo mas útil; él la tenia siempre sujeta á la voluntad de su Padre celestial, y solo se servia de ella conforme los adorables designios de Dios. ¡Ah! examinemos tan divino modelo y copiémosle con exactitud. 2. Hemos de mortificar la imaginacion para dar cumplimiento al documento del Espíritu Santo que nos lo manda, diciendo: *Ne dederis in fantasiis cor tuum.* ¡Qué infeliz el que piensa, habla y obra segun su imaginacion! cuán lejos estará de la verdadera realidad! cuán sujeto á innumerables males! ¡Ah! huyamos de toda imaginacion para fijarnos en lo positivo y real de Dios nuestro Señor, de sus obras admirables y de los verdaderos intereses de la salvacion de las almas.

II. Considera qué uso has hecho de tu imaginacion. 1. ¿Has tenido cuidado de tenerla vacía de ideas del mundo y de sus vanidades, ó mas bien has sido algo infiel en rechazarlas? has contribuido en formártelas tan vivas y peligrosas que te han expuesto á graves daños? ese desarreglo ha llegado á tal grado que te haya consumido una gran parte del tiempo? te ha llenado de distracciones en la oracion y en los demas ejercicios de piedad? Examínalo, porque es un punto muy importante. 2. Te has descuidado de llenar tu imaginacion de cosas que puedan servirte para tu perfeccion, como de la hermosura de la virtud, de la fealdad del vicio, de lo horrible de las penas del infierno, y de la gloria del paraíso? En vez de imaginarte esas cosas santas, ¿has ido tras de las que le son contrarias, procurando alegrarte á tí mismo y alegrar á tu naturaleza? ¡Ah! ojalá que en adelante obraras co-

mo el justo del Señor, y que como el Apóstol, dijeras: *Castigo corpus meum, et redigo eum in servitutem.*

III. Considera los medios para mortificar debidamente la imaginacion. 1. Convencerte de lo muy difícil que es gobernar la imaginacion, ya por las ideas falsas que nos sitian, como por los temores que asaltan á nuestra debilidad y miseria. ¡Oh Salvador! Asístenos con tu gracia, *et ne permittas me separari a te, et a maligno fantasiæ hoste deffende me.* 2. Recordar siempre el precepto que nos prohibe ir tras de las imaginaciones, las que tarde ó temprano dañan gravísimamente á las almas, conforme al precepto del Sabio que dice: *Ne dederis in phantasiis cor tuum.* 3. El medio de los medios es servirse de la imaginacion segun la voluntad de Dios, quitándole todo lo que la pueda satisfacer, separando de ella las prevenciones y caprichos, sufriendo con paciencia y en espíritu de penitencia las extravagancias y ligerezas de los demas, y servirte de ella para lo bueno, como hasta ahora te ha servido para lo malo: *Sicut exhibuistis servire iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete servire justitiæ ad sanctificationem.*

MARZO 1º

Como hemos de amar a Dios.

I. Considera sobre algunas razones que deben obligarte á amar á Dios. 1. Entre todos los mandamientos el mas dulce y el mas fácil es el del amor á Dios. No, no puede darse cosa mas dulce que hacer con un objeto infinito lo que naturalmente hace el corazon. ¡Oh si de hoy en adelante amáramos á Dios! Y ¿por qué habrá quien no cumpla el *diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo?* 2. Considera cuánto te conviene amar á Dios, supuesto que amándose Dios á sí mismo, y siendo infinitamente dichoso, con todo, á trueque de hacernos felices nos pide nuestro amor. Amemos, pues, á Dios como los ángeles lo aman; amémosle como los bienaventurados que están del todo ocupados en tan divino amor; amémosle como los serafines, que estando mas cerca de su trono, viven tan abrasados en sus divinos ardores que no pueden acercársele mas, y amémosle con tanto mas afecto, cuanto que él mismo quiere que seamos felices por medio de tan divino amor. Meditemos con frecuencia tan honroso título de amantes de Dios, y llenos de admiracion por tanta bondad, repitamos de continuo con san Agustin: *Quis tibi sum ipse, ut amari te jubeas a me?*

II. Considera si has cumplido ó no el precepto de amar á Dios. 1. ¿Lo amaste solamente por ser él quien es, bondad infinita? lo amaste por ser infinitamente bueno, y ser infinitamente digno de ser amado? lo amaste por las grandes recompensas que promete á los que le aman de corazon? tuviste cuidado en todo tiempo de hacer actos meritorios de tan puro amor? 2. Considera si amas á Dios: ¿puedes afirmar que lo amas sobre todas las cosas? es decir, mas que todos los bienes, mas que todas las personas y mas que á tí mismo? ¡Cuán feliz fueras si de este modo amaras á Dios! qué degraciado si amases á otra cosa que no sea Dios! Ahora bien, ¿preferiste tu gloria á la de Dios? preferiste la grandeza de la tierra á la práctica del amor de Dios? ¡Ah! ama á Dios, y ámalo de modo que prefieras tan divino amor á la propia satisfaccion, á tu salud, á tu propia vida y aun á la gloria eterna.

III. Considera los medios para cumplir tan divino precepto. 1. Comenzar desde ahora á amar á Dios de corazon, dándole todos tus afectos y no practicándolos en favor de alguna otra criatura. 2. Amar á Dios con todo el espíritu, no cansándote de pensar en Dios y en los méritos de inflamarte mas y mas en tan divino amor. Y ¿amas tú á Dios? puedes exclamar prácticamente: *O ignis qui semper ardes et numquam exstingueris!* 3. Amar á Dios con toda tu alma, sujetándole nuestras pasiones con el único objeto de agradarle, y usar de nuestros sentidos y potencias con el único objeto de agradarle. Desea, desea amar á Dios, y como el gran san Agustin repite con frecuencia: *O amor qui semper ferves! O amor qui numquam tepescis!* Dios mio, yo te amo; yo deseo amarte mas y mas, quiero amarte con todo mi corazon, quiero amarte con todas mis fuerzas, y quiero que cuanto hay en mí, tan solo sirva para tu amor. *O amor meus, accende me, accendar totus a te, ut totus diligam te.* Con la práctica de estos medios puedes aspirar á ser un dia fiel amante de Jesucristo.